

El testigo

Ana María Shua*

Yo fui un niño de seis años. No me resulta fácil creerlo, pero es verdad. Yo fui un niño de seis años. Me miro al espejo y lo repito muchas veces para convencerme. Se lo repito al hombre viejo que me mira desde allí, con ojos tristes: yo fui un niño de seis años.

Yo fui un niño de seis años que iba a la escuela de Okop, donde nos esperaba el maestro para enseñarnos el Aleph, Beth, Guimel, Daleth, las primeras letras del alfabeto hebreo. El maestro tenía un ayudante, un muchacho de unos catorce o quince años llamado Israel, que se encargaba ir a buscar a cada chico a su casa y llevarlos a todos a la escuela. Los niños lo adorábamos pero los adultos desconfiaban un poco de él: no de su bondad, ya que le entregaban a sus propios hijos, pero sí de su inteligencia o por lo menos de su sensatez.

Las casas del pueblo estaban separadas unas de otras. Cada una tenía su pequeña huerta y algunas familias tenían también una vaca para poder darle leche a sus hijos. También había casas más apartadas, cerca de los campos donde se cultivaba la cebada y el trigo.

Israel era huérfano, no tenía familia y vivía en la escuela. Todas las mañanas recorría las casas del pueblo, donde las madres lo esperaban en la puerta y le entregaban a los pequeños. Cuando terminaban las clases, llevaba a cada uno de vuelta a su casa. Recuerdo que antes de salir mi mamá me entregaba envueltas en un pañuelo unas masitas de guinda para que tuviera algo de comer. Y para que no me olvidara de ella.

En invierno Israel nos llevaba por el atajo más rápido. En la escuela ardía un buen fuego y el calor hacía correr nuevamente la sangre de nuestras pobres narices azuladas. Pero apenas empezaba la primavera, el muchacho nos venía a buscar mucho antes de lo necesario y el camino se hacía maravillosamente largo. Íbamos al bosque a la ida y a la vuelta. Íbamos al bosque y a los caminos, cruzábamos los campos, cantábamos canciones alegres que Israel nos enseñaba. Nos contaba cuentos, corríamos, saltábamos y sentíamos que nos inundaba una alegría salvaje.

Disfrutábamos del sol, del contacto con la tierra, de cada una de las hojas de los árboles: Israel nos enseñaba a mirar además de ver, a escuchar además de oír. Sus palabras nos hacían oír el sonido de la resina al escurrirse fuera de la corteza de los pinos y entendíamos el lenguaje de las ardillas. En lugar de atrapar a las mariposas, aprendíamos a volar con ellas, sabíamos todo sobre las relaciones entre las espigas y el viento y escuchábamos cómo se llamaban unos a otros por sus nombres los hongos recién nacidos después de la tormenta.

Ahora soy un viejo: creo en muy pocas cosas. Dios me perdone, a veces ni siquiera creo en El. Y sin embargo creo que a los seis años aprendí todo lo que un hombre puede saber sobre la felicidad. Eso es lo que Israel nos enseñaba. Por eso los adultos desconfiaban de él. Y los niños lo amábamos.

Nuestros padres trabajaban cuando había que trabajar y rezaban cuando había que rezar. En el trabajo y en la Casa de Oraciones todo lo que hacían era cumplir con su deber. Los judíos teníamos muchos enemigos. La vida era dura y las plegarias tenían forma de lamento.

En cambio Israel ben Eliezer nos enseñaba que la alegría no tenía límites, que podía entrar en nuestro cuerpo igual que en nuestras almas. Nos enseñaba que trabajar y correr por el bosque y cantar y hachar leña y herrar mulas y estudiar y batir manteca y rezar en el templo, todo era parte de la

felicidad. Y esa felicidad no era como el agua sino como el fuego, sólo que podía quemar sin dolor, inflamaba a los que estaban cerca nuestro, los contagiaba y nos obligaba a transmitirla bailando y cantando.

En Okop vivía también un hechicero.

En todos los pueblitos suele haber un hombre o una mujer sin familia, ancianos mal vestidos a quienes los chicos persiguen por la calle gritándoles y a veces tirándoles piedras. A veces viven con su cabra o su oveja preferida adentro de la casa y la alimentan con remolacha dulce y la hacen dormir en su propia cama, a veces crían un montón de gatos o perros medio salvajes. La gente ignorante y supersticiosa llama hechiceros.

Hace casi sesenta años que dejé para siempre la pequeña aldea de Okop y ya no puedo decir si el Brujo era de verdad un hechicero o era, (como decía el médico del pueblo vecino que nos visitaba de vez en cuando), un pobre viejo loco. Pero sé que, aunque vivía miserablemente, tenía mucho dinero. Y era un hombre cruel.

Su mujer había muerto joven, a causa del mucho trabajo, la poca comida y los malos tratos que recibía de su marido. Una de sus hermanas se había hecho cargo de los hijos, un niño y una niña delgados, con ojos asustados y moretones en los brazos, a los que había arrancado de la casa de su padre amenazándolo con presentar demanda ante un tribunal. Hacía mucho que se los había llevado con ella a Vilna.

El Brujo no hablaba con nadie, nunca iba al templo ni a la Casa de Baños. Vivía siempre encerrado en su casa, que era muy grande y alguna vez había sido la más lujosa del pueblo. Salía solamente para comprar comida. Ningún mendigo del pueblo se atrevía a golpear a su puerta. Y si algún miserable se acercaba a su umbral, el Brujo lo echaba a latigazos. Los grandes lo odiaban. Los chicos le teníamos miedo.

Muchas cosas se decían de él. Se contaba que había sido herrero en un pueblo lejano. Un sábado unos hombres extraños, extranjeros, le habían pedido que pusiera herraduras a sus caballos. Cuando vieron que, por unas pocas monedas, el Brujo estaba dispuesto a trabajar en sábado, que es para los judíos el sagrado día del descanso divino, le revelaron la verdad. Le mostraron las patas delanteras de sus caballos, que terminaban en manos humanas. Las patas traseras terminaban en pies. Se decía que el Brujo los había herrado entre risotadas y tragos de aguardiente y los diablos le habían pagado con un barril lleno de monedas de oro, el comienzo de su fortuna.

También se decía que podía convertirse en lobo a voluntad.

Cuando una manada atacaba el rebaño de la aldea y mataba algún cordero perdido o alguna oveja enferma que se había quedado atrás, todos sabíamos que eran lobos comunes. Pero cuando un lobo solitario, sin hacer caso de los perros y sin temer a los pastores, se metía en medio del rebaño haciendo escapar a las ovejas aterradas, y elegía al cordero más gordo para darse un banquete... entonces toda la aldea estaba segura de que había sido el Brujo.

Por supuesto, era algo difícil de probar, porque casualmente esto siempre sucedía cuando los pastores no estaban y por lo general no había testigos. Una vez un pastor dijo haber luchado contra un animal enorme y horrible, con ojos humanos y aliento a demonio, que había terminado por llevarse a varias de sus ovejas. Muchos le creyeron. Pero su patrón estaba seguro de que el muchacho, simplemente, se había ido a jugar a la perinola con sus amigos en lugar de cuidar a los animales.

Había otras pruebas, por supuesto y las recuerdo bien, porque son historias que quedan grabadas para siempre en la mente de un niño de seis años. Por ejemplo, esas huellas en el barro, que habían descubierto mi hermano Mendel y su amigo Pini. Es cierto que podrían haber sido huellas de un perro cualquiera deformadas por pisadas de caballo. Pero también podrían haber sido huellas de Algo que No Tiene Nombre, una marca informe parecida a una mano humana y a una garra de animal.

Pini, que vivía muy cerca del Brujo, decía que en una noche de luna llena había visto una sombra deforme en la pared de la casa maldita. Se parecía a un hombre, pero también a un monstruo sin cabeza que se movía como si estuviera en plena transformación. Algo así como la sombra de un hombre con un manto de oración sobre su cabeza?" le preguntó nuestro sensato rabino. Pero Pini no podía asegurarlo.

Y ahora estoy llegando por fin a la zona de la historia de la que yo mismo fui testigo. Sin embargo, debo confesar que el día en que el hombre-lobo apareció por primera vez entre los niños de la escuela, yo no estaba presente. Estaba enfermo en cama, con mucha fiebre. Mi mamá me decía que eso me haría crecer, mientras trataba de obligarme a tomar un remedio que curaba prácticamente todo: un vaso de yemas batidas con miel y leche caliente.

Las versiones que escuché eran muy diferentes unas de otras. Algunos chicos decían que un lobo enorme se había plantado delante de ellos cuando Israel los llevaba a la escuela, saltando en medio del grupo. Para ellos, el lobo tenía el tamaño de tres vacas una arriba de la otra. Otros decían que era como un perro muy grande. Había quien aseguraba haberlo escuchado hablar con una voz deforme, entre el horror y el gruñido. Muchos contaban que era tan negro que absorbía los rayos del sol y que todo se había oscurecido a su alrededor cuando apareció. Otros hablaban de la baba sanguinolenta que le caía de los colmillos. Pini, el amigo de mi hermano, insistía en la mirada: esos ojos eran ojos de hombre, decía, y de hombre malvado.

Lo único absolutamente cierto era que el lobo no había mordido a ninguno de los chicos, pero sí, al parecer, había rozado a varios con sus patas. Esa semana varios de los chicos cayeron enfermos. Tenían fiebre muy alta. Algunos deliraban. El médico del pueblo vecino hablaba de una epidemia de gripe de la que yo mismo había sido una de las primeras víctimas.

Pesie la tuerta, la hija del zapatero, aseguraba que había oído extraños aullidos por la noche, en el camino, cerca de la casa del Brujo. Otros opinaban que una muchacha no tenía por qué andar de noche fuera de su casa, por muy tuerta que fuera.

Recuerdo muy bien cómo me sentí yo. Era una sensación en la que se mezclaban el alivio de haberme salvado de ese enorme susto, la curiosidad insatisfecha y la desilusión por haberme perdido la aventura del lobo, de la que todos hablaban y en la que yo no había podido participar.

Por unos días, en parte por el lobo y en parte por la gripe, se interrumpieron las clases. Pero tarde o temprano, los niños debía seguir yendo a la escuela. Israel habló con los padres, uno por uno, y los convenció de que volvieran a confiarle a sus hijos.

Yo ya estaba sano y ansioso por encontrarme otra vez con mis compañeros y con Israel. En cambio no extrañaba nada al maestro, tan malhumorado y aburrido. Era una mañana de sol cuando mi mamá me despidió diciéndole a Israel lo mismo que todas las otras mamás iban a decirle esa mañana. (Nada de bosque hoy! (Derecho a la escuela!

Pero cuando nos tuvo a todos reunidos, a los de seis y a los de diez y a los de doce años, a todos los niños del pueblo de Okop, Israel ben Eliezer nos miró con esa mirada suya, abierta y clara, nos sonrió

como nadie más podía sonreír en el mundo y nos llevó al bosque y todos fuimos detrás de él, asustados, aventureros y felices.

Entonces, en el bosque, pude ver con mis propios ojos al Lobo que quizás era el Brujo. Eran mis propios ojos, los mismos que tengo ahora, pero qué bien que veían entonces. Y sin embargo, cómo he aprendido, desde entonces, a desconfiar de lo que veo, de lo que entiendo y sobre todo de los que soy capaz de recordar.

Sé que vi un lobo y que también los otros lo vieron. Es muy raro ver un lobo solitario en el bosque, en primavera. Cuando el hambre del invierno no los enloquece, los lobos son temerosos, huyen de los hombres. Pero ése no parecía tener miedo. Tampoco era un lobo común, estoy casi seguro. Los lobos son más chicos que los perros y este tenía el tamaño de un ovejero. Ahora que soy un hombre viejo que no cree en casi nada, pienso que puede haber sido una cruce entre un perro y una loba. Pero ni siquiera de eso estoy seguro.

Sólo sé que el lobo se paró allí, que gruñía y mostraba los colmillos y le caía baba de la boca. Muchos de los mayores tenían miedo de que fuera un lobo rabioso. Otros pensaron, naturalmente, en el Brujo.

Sólo sé que Israel volvió a mirarnos y su mirada nos cubrió y nos protegió. "(Cantemos!" gritó. "(Cantemos con la voz de nuestras almas! (Cantemos luz! (Cantemos alegría!" Cantamos como nunca. Todos los niños de la aldea de Okop cantamos allí, en el bosque, frente al lobo. Y el lobo cayó muerto a los pies de Israel.

(Por qué habré desviado la vista por un segundo, justo en ese segundo tan importante?) O quizás habré cerrado los ojos? Si hubiera estado mirando todo el tiempo, mirando sin parpadear, sabría si lo que dijo mi hermano Mendel fue la verdad: que simplemente Israel mató o desmayó al lobo de un garrotazo en la cabeza. O quizás, como dijo el herrero, (que también sabía curar a los caballos y entendía mucho de animales) el lobo estaba enfermo y justo en ese momento le llegó su fin.

Cuando llegamos a la escuela, el maestro dio aviso a unos campesinos que trabajaban cerca de allí. Varios hombres de la aldea quisieron ir a ver el cadáver del lobo. Sin embargo, ya sea porque el lobo se despertó de su desmayo y escapó o porque otras fieras lo arrastraron lejos de allí, su cuerpo nunca fue encontrado.

Dos días después, sorprendidos porque el Brujo no había salido de su casa y no se observaba ningún movimiento, los vecinos forzaron la puerta y lo encontraron muerto. Yo mismo vi como retiraban el cadáver. Como todos lo esperábamos, el médico del pueblo vecino trató de convencernos de que había muerto por lo menos un día antes del episodio de Israel y el lobo.

Ahora ya todos saben que Israel hijo de Eliezer no fue un hombre cualquiera. Fue un maestro de maestros, que supo renovar la religión judía y llevar luz a los que vivían en la tristeza, esperanza y consuelo a muchos que solamente conocían la oscuridad: fue el Baal Shem Tov.

Desde que nuestro Israel ben Eliezer se convirtió en un hombre famoso, el Amo del Buen Nombre, yo mismo ya no soy un hombre cualquiera. Muchos se acercan a mí para preguntarme cómo era él cuando muchacho y que sentía yo en su compañía esos días en que nos llevaba a la escuela.

Y me preguntan, por supuesto, por la historia del Lobo.)Fue realmente un hechicero poseído por un espíritu sin cuerpo, el que atacó a los niños?)Fue realmente ese el primer milagro del Maestro?)Consiguió echar al espíritu maligno fuera del cuerpo del hechicero?)El Lobo y el Brujo eran la misma cosa?

(Qué puedo saber yo? Lo poco que puede saber un hombre. Yo no soy religioso, yo no escuché el llamado de Israel ben Eliezer, el Baal Shem Tov. No hay suficiente fe en mí como para seguir sus enseñanzas. Pero respeto y admiro a esos hombres que sí lo siguieron. Respeto, admiro, envidio a los que pueden cantar y bailar la alegría de existir sobre la tierra.

Lo que más recuerdo de Israel es que creía con mucha fuerza en cada una de las palabras que decía. Y eso es muy raro en este mundo.

El pensaba que la salvaje alegría de su fe provenía de Dios. Yo pienso que provenía de su propio corazón: pero también esto es un milagro.

Pero además, yo pude ver la cara del Brujo cuando estaba muerto. Era casi hermosa. Estaba en paz. Y sonreía. Era la cara de un hombre que había logrado librarse de su infierno personal, de su infierno interior. Era la cara de alguien que había tenido una muerte feliz.

Sobre el Baal Shem Tov

Hubo muchos "baalshem", maestros cabalistas, más o menos impostores, más o menos convencidos de su propio poder. (Uno de ellos aparece en este mismo libro, en el cuento La herencia de los hijos demonios). Eran hombres religiosos, convencidos de que poseían poderes mágicos derivados del Nombre Inefable de Dios. Baal Shem quiere decir precisamente Amo del Nombre. Pero hubo un sólo Baal Shem Tov.

Su nombre fue Israel ben Eliezer y se lo llamó el Baal Shem Tov, que significa "el Amo del Buen Nombre" o también el Besht (una abreviatura) para diferenciarlo de esos otros "baalshems". Fue un personaje histórico, que existió de verdad en una época relativamente cercana (se calcula que nació hacia el 1700). Sin embargo a los historiadores les ha resultado difícil relatar su vida con datos precisos, a tal punto está entrelazada la biografía con la leyenda.

El Baal Shem Tov fue el fundador del jasidismo: un movimiento religioso judío que nació en Polonia y se expandió por Europa, renovando la fe y las esperanzas de miles de judíos.

En esa época el estudio de la religión se había vuelto enormemente complejo. Los estudiosos del Talmud dedicaban sus vidas a la interpretación de las leyes. Parecía que no había más posibilidades de acercarse a Dios que la vía intelectual, reservada para los sabios y para los ricos, que podían permitirse largas horas de estudio, reflexión y discusión.

Israel ben Eliezer fue en sus primeros años un estudioso de la Cábala. Y cuando salió a predicar, descubrió a sus contemporáneos nuevas posibilidades de la fe. Con enorme fervor, predicó una forma de acercarse a Dios en que la inteligencia o el estudio ya no eran imprescindibles. Cualquier hombre pobre o ignorante con bastante fe en su corazón podía entrar en contacto directo con Dios si rezaba con entusiasmo y alegría.

Esta opción por la alegría, precisamente, fue una característica que distinguió al jasidismo de todo el resto de la historia de la religión judía. Cantar y bailar y sentir la felicidad de estar cerca de Dios, en cualquier momento, en cualquier lugar, ése era el mandato de los jasidim. Eso no implicaba dejar de cumplir los preceptos indicados por la Ley. Pero los horarios fijados para los rezos, la sinagoga misma, eran ahora solamente una más entre las posibilidades de sentirse en comunión con la Divinidad.

Los jasidim creían en el poder salvador de la palabra poética. Así incorporaron a la literatura judía una

enorme cantidad de cuentos en los que se relatan las obras y milagros de sus grandes santos y maestros.

Se cuenta que, cuando era un pobre chico huérfano, a Israel ben Eliezer le gustaba más vagar por los bosques y los campos que atender a sus lecciones. Y cuando trabajó de ayudante del maestro en su pueblo natal (no todos coinciden en que ese pueblo haya sido Okop) solía llevar a los chicos a pasear por el bosque. Fue allí derrotó al lobo. Ese fue el primer milagro de los muchos que iba a realizar el gran Baal Shem Tov.

* **Ana María Shua** nasceu em Buenos Aires, Argentina. É professora de Literatura e escritora. É autora de, entre outros títulos, *La sueñera*, *Casa de geishas*, *Viajando se conoce gente*, *La fábrica del terror* e *El marido argentino promedio*. No Brasil, publicou: *Contos judaicos com fantasmas & demônios*, *A porta para sair do mundo* e *Sabedoria judaica*